



Aisa ua con la lengua traspasada

cocheras, y habiendo indicado con el gesto á uno de los aisa-uas, cuyo nombre no sabría pronunciar de puro cacofónico, anunció con voz pastosa que este hombre iba á perforarse las mejillas, las orejas y la lengua.

Dicho esto, volvió á sentarse, en medio de un estremecimiento universal de placer, como si se hubiera hablado de refrescos y bebidas heladas.

En este impulso un movimiento de febril curiosidad enderezó todos los bustos de la concurrencia, aguzó cuellos y ojos é inmovilizó á las bellas damas, ansiosas é impacientes más que nunca: algunas de ellas respiraban esencias por bien parecer, por pura actitud, por hacer creer en una sensibilidad que no existía; otras heroínas *ejusdem furfuris* daban de vez en cuando un grito, como si alguno les hubiera pisado un callo, y así era la triste verdad.

De repente, y en medio de un silencio que no sé si llamar pavoroso, se levantó el aisa-ua, dando la espalda al público, se inclinó hacia los cheikes, y los tañedores de *bendir* volvieron á empezar su especie de paso doble religioso.

Pateando en su sitio y manteniendo las manos cruzadas por detrás, saludó el aisa-ua con varias cortesías, digámoslo así, primero lentamente, después con mayor garbo, echando cada vez más adelante y como con enojo ó cólera, su cabeza de cabellos sublevados, que á proporción parecía más pesada y blanda, hasta tal punto, que muy luego se hubiera creído un badajo de campana, una bola sacudida y próxima á arrancarse por sí misma de los hombros, á que sólo estaba pegada por un tirajo de carne, para partir y estrellarse en la pared como un proyectil horrible. En esta labor de arte traspiraba el aisa-ua como si saliera de un baño viscoso y caliente, mientras sordas interjecciones se escapaban de su estrangulada garganta.

Por instantes el compás de los panderos se enardecía y animaba, las negras daban gritos sobreagudos, y el hombre, dislocado, derrengado, espantoso, moviendo la cabeza á la derecha, á la izquierda y sobre el pecho, y enviando ahora sus brazos al vacío, continuaba sin descanso su fiera gesticulación, como un Judío Errante de la danza de San Guy.

Habiendo cesado el ruido de los tambores, cayó, se hundi6 sobre sus rodillas como una masa, con la cara á algunos centímetros por encima del brasero, cuyo gas respiraba con avidez. Después, volviéndose al público á cuatro patas, lanzó espantosos rugidos, que teñían del rojo oscuro al violado su cara reluciente de sudor.

De esta manera, ora parecía un prisionero de guerra, que viendo brillar el cangiar implora gracia, ora un antropófago exasperado después de un prolongado ayuno.

Nada podría expresar el horror de esta degradación humana. Los aullidos y los gritos que se oyen en el Café Moro de los Inválidos dan la medida completa de la bestialidad: bostezos de tigres, ronquidos alcohólicos, carcajadas feroces, clamores de gorilla en la estación de la brama... toda una serie de variaciones guturales que erizaban los cabellos y estremecían las carnes. De mí sé decir que acaso he encontrado más horribles estas

crisis de furor brutal de los aisa-uas que sus ejercicios propiamente dichos, con ser tan repugnantes.

Finalmente, el salvaje, espaciando y graduando sus rugidos de fiera aprisionada, se apoderó de las agujas que le ofrecían, tan gozosamente como si hubieran sido confites.

Sin más demora se clavó resueltamente una aguja en la mejilla derecha, otra en la izquierda, otra en la lengua y otra en cada oreja; y así claveteado se paseó á lo largo del estrado, con la boca abierta y sacudiendo los dardos hincados en su carne y radiante de orgullo, de verdadero orgullo, con miradas y gestos que parecían retos.

Hubo algunos aplausos sin franqueza: dos ó tres damas se fueron, señoras mayores, por supuesto; las jóvenes permanecieron allí á pie firme, sin perder de vista al árabe, que después de suficiente exhibición, se había sacado las agujas sin que saltara una gota de sangre de los pequeños orificios en que habían estado hincadas. El héroe de esta brutalidad, volvió á ocupar su sitio después de haber besado devotamente el turbante de los cheikes, sentados en el fondo del estrado. Y no bien se habían pasado cinco minutos cuando ya parecía tranquilo y reposado. Los panderos volvieron á resonar ahora con el mismo fragoroso ruido, preparando otro acto de la función, igualmente heroico.

Como lo había hecho anteriormente, el hombre rubio se levantó después y anunció el segundo número ó héroe, si queréis.

El aisa-ua, á quien indicó, mocetón de veinte años, «iba á trepar, á saltar descalzo sobre la hoja de una cimitarra, y á colgarse por el vientre sobre su tajante corte.»

Un murmullo de entusiasmo, digámoslo así, acogió las palabras del anunciador, el cual hizo luego circular por el público la tremenda arma medio sacada de su vaina de cuero viejo. Algunos curiosos, con pretensiones de inteligentes, tocaban el filo con el índice, no sin cierta precaución, y movían la cabeza haciendo un gesto en expresión de decir: «preferiría tomarme un buen *bock*.» Después pasaban con mucha cortesía al inmediato espectador el fiero yatagán, que circuló así de mano en mano por toda la concurrencia.



Aisa-ua sobre el corte de un yatagan



Aisa-ua saltándose un ojo

Entretanto, comenzaba á enardecerse el segundo aisa-ua, haciendo contorsiones de cuerpo y desarraigos de cabeza, á la manera del otro que lo había precedido en ejercicios.

Al cabo de buen espacio, cuando lo creyó oportuno ó se sintió bien dispuesto, se puso á pasear á lo largo del estrado, con grandes gestos y ademanes de abatimiento y revelando en la expresión del semblante gran sufrimiento íntimo; hasta que, después de fingidas ó reales vacilaciones, se resolvió de repente y se puso de pie sobre la hoja del sable, que dos de sus compinches tenían como un trapecio, por ambos extremos, rodeados de pañuelos para no cortarse las manos.

Luego se dejó caer sobre el acero, quedando colgado por mitad del vientre, y uno de los cheikes se le puso encima de pie pateándolo atrocemente.

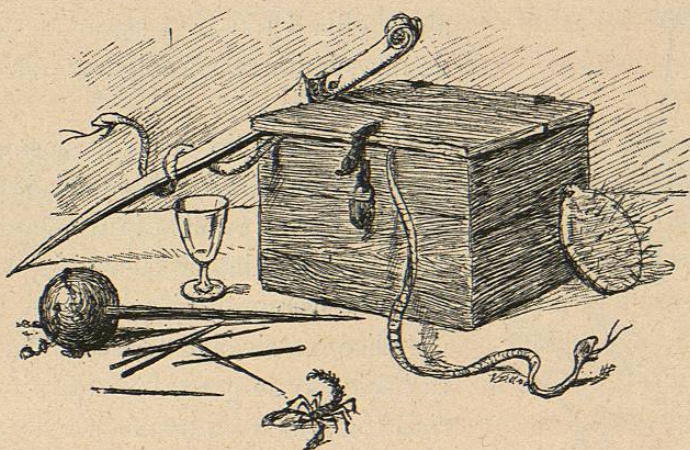
Hecha esta bárbara prueba se retiró á su asiento, como el otro, y tomó su *bendir*, no sin haber besado los turbantes de los respetables personajes, que al parecer presidían la función.

Sin querer prolongar más de lo necesario la narración de estas salchicherías, que quiero creer sagradas y ejecutadas bajo la inspiración de una verdadera fe, debo decir que hubo otros muchos ejercicios tan gratos como los referidos.

En efecto, vimos comer vidrio crujéndolo entre los dientes como un terrón de azúcar, tragar guijarros y engullir escorpiones que rebullían. Hubo también aguja lardera clavada en un ojo, haciéndole salir de la órbita; y otras atrocidades.

A proporción que se desarrollaba el programa de tan bárbara función, el público, bien confiado y persuadido ya de que no llegaría la sangre al río, pues la brutalidad estaba más bien en la forma que en el fondo, más en la apariencia que en la intención, se burlaba de sus propias aprensiones y se reía de haber tenido miedo: las risas eran más sonoras en boca de las mujeres, que tomaban de aquí ocasión para enseñar las perlas de sus dientes, engarzados en dos ramas de coral, como diría un poeta. Con esto se acababa el espectáculo de completo buen humor, como en la feria de Neuilly, lo cual no hubiera creído nadie al comenzar con tanto ruido de panderos, agujas, cuchillos, cimitarras y otros excesos. Algunos afirmaban que aquello había sido un engaño.

ENRIQUE LAVEDAN



Trofeos de los aisa-uas



Las señoritas del Sena, por Courbet

EXPOSICIÓN CENTENARIA DEL ARTE FRANCÉS

I

En el primer piso del Palacio de Bellas Artes, construído por M. Formigé, en la cuádruple galería abierta, sobre la cual se redondea la cúpula de hierro, tan suavemente luminosa y encantadora á la vista con su armonía de colores azul y blanco, y también en algunas galerías laterales, se ha organizado una exposición, que viene á ser la confesión general del espíritu francés en el siglo XIX. Es una elección de cuadros de nuestros pintores desde 1789 hasta nuestros días, elección ó selección de obras, obras maestras muchas de ellas, que hacen saltar á la vista la serie de nuestras ideas, la evolución de nuestras costumbres, la cadena de los acontecimientos de nuestra historia. En un ciclo de cien años ¡cuántos destinos se han cumplido! ¡Cuántos gobiernos se han sucedido! ¡Cuántas catástrofes han engañado las iniciativas! ¡Cuántas esperanzas han florecido y cuántos dolores las han agitado!...

Pero lo que para nosotros resalta con más evidencia, en ese salón secular, es la vitalidad de nuestro genio nacional, sofocado sin compasión desde el Renacimiento y reviviendo siempre, siempre reapareciendo y llegando á vencer todas las resistencias y á reconquistar su puesto y su prestigio.

En vísperas de la revolución, se había apoderado de nosotros el espíritu clásico de tal manera que los viejos datos griegos y romanos y los asuntos de mitología galante de